

Felicidad pública y civilidad en el pensamiento de Juan Hipólito Vieytes

ALVARO PERPERE VIÑUALES*

Revista Cultura Económica

Año XXXII • N° 87

Junio 2014: 66-73

Resumen: El autor ofrece una relectura de las obras de Juan Hipólito Vieytes a partir de los conceptos de la economía civil italiana. Más allá de la innegable influencia de Adam Smith en el pensamiento económico y social de Vieytes, Perpere Viñuales sostiene que existe también una profunda influencia de esta corriente de pensamiento. Ciertamente, la noción de felicidad pública como fin último de la economía y el concepto de incivilimento como el medio para alcanzar el crecimiento económico y social para toda la sociedad, son claves en toda su obra destinada a promover el desarrollo de sus compatriotas.

Palabras clave: felicidad pública; civilidad; economía civil; Juan Hipólito Vieytes

Public happiness and civility in, Juan Hipólito Vieytes

Abstract: The author offers a reinterpretation of the works of Juan Hipólito Vieytes based on the concepts of Italian Civil Economy. Beyond the undeniable influence of Adam Smith in Vieytes' economic and social thinking, Perpere Viñuales argues that there is also a profound influence of this line of thought. Certainly, the notion of public happiness as the ultimate end of the economy and the concept of incivilimento as the means to achieve economic and social growth for the entire society, are key in his work aimed at promoting the development of his fellow citizens.

Keywords: public happiness; civility; civil economy; Juan Hipólito Vieytes

I. Introducción

En el año 1802 Juan Hipólito Vieytes comenzó la publicación del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, con el que se propuso influir de un modo continuo y sistemático sobre la sociedad argentina. A través de este periódico, Vieytes buscó promover el crecimiento y el desarrollo económico y social de sus compatriotas, divulgando por medio de sus páginas las

nuevas ideas que llegaban de Europa. En particular, aparece especialmente interesado en las ideas económicas y es posible encontrar, a lo largo de los sucesivos números, referencias a los más importantes pensadores de su época. En este sentido, sus escritos muestran una sólida visión teórica, generada a partir de la lectura de autores como Antonio Genovesi, Gaetano Filangieri, François Quesnay y Adam Smith, y que le

* Universidad Católica Argentina - aperpere@uca.edu.ar

permitió diagnosticar los problemas que afligían a los argentinos de su tiempo (Weinberg, 1956: 127). Al mismo tiempo, es posible descubrir una clara vocación por la acción práctica, que lo llevó una y otra vez a proponer medidas económicas concretas.

Aun cuando Vieytes recibió formación tanto en teología y filosofía como en ciencias naturales¹, ya desde los tiempos del *Semanario* se nota en él una especial predilección por la ciencia económica (Weinberg, 1956). La lectura del *Semanario* nos muestra que al menos desde comienzos del siglo XIX estaba particularmente interesado en reconocer y quitar todos los obstáculos que a su juicio impedían el desarrollo del Virreinato del Río de la Plata (Vieytes, 1802: VIII y Martínez, 2009: 2). En este sentido, no llama la atención que algunos años después de haber dejado de publicar su semanario, cuando participaba como Diputado por Buenos Aires en la Asamblea del Año XIII (en la que ejerció incluso como Secretario), Vieytes aparezca expresamente mencionado al debatirse cuestiones relacionadas con la economía², área en la que tanto sus contemporáneos como sus primeros biógrafos, le reconocen autoridad³.

En los últimos años, la obra de Vieytes ha comenzado a tener un creciente reconocimiento y se le ha prestado mayor atención⁴. Algunos de estos trabajos han resaltado especialmente la influencia que ejerció sobre él Adam Smith, y los esfuerzos del autor argentino por aplicar en estas tierras algunas de sus ideas (Rodríguez Braun, 1997 y Rojas, 2010).

Sin negar la influencia smitheana en su obra, en el presente artículo quisiera revisar en sus escritos la presencia de otra de las grandes escuelas del siglo XVIII que también ejercieron gran ascendencia sobre él: la de la llamada Economía Civil Italiana, y representada especialmente por los trabajos de Antonio Genovesi, Gaetano Filangieri y Fernando Galiani, cuyas obras gozaron de gran circulación dentro de los territorios españoles en América. Para ello centraré la exposición en la asunción que hace Vieytes de dos de las nociones que, según Zamagni y Bruni, caracterizan a esta tradición de pensamiento: las nociones de felicidad

pública y de civilidad. Sobre la primera de ellas, Zamagni y Bruni afirman que dentro de esta tradición de pensamiento la *felicidad* es algo esencialmente relacional (Zamagni y Bruni, 2007: 74), y que no es posible una "vida buena" si ella no se da "con los demás y gracias a ellos (esto es, haciendo "felices a los otros")" (Zamagni y Bruni, 2007: 75). La otra nota, la de *civilidad*, alude a la importancia de volver civiles a las personas. El hombre civilizado no es solamente el resultado final de un proceso sino también una tarea a realizar por medio de la educación y de la transmisión de la cultura. Dicen Zamagni y Bruni que para los miembros de la tradición italiana "difundir en el pueblo el estudio de la economía y de las ciencias es también un modo de *incivilimento*" (Zamagni y Bruni, 2007: 71).

Esta revalorización de la influencia italiana permitirá, a mi juicio, una mejor comprensión del pensamiento de Vieytes y al mismo tiempo, mostrará también la influencia que ejercieron sobre él otras tradiciones, además de la de Adam Smith.

II. Dimensiones del desarrollo económico

El abordaje al problema de la falta de desarrollo en el Virreinato del Río de la Plata tiene para Vieytes dos dimensiones claramente diferenciables, aun cuando estas partes tienen una profunda interrelación entre sí. Por un lado, hay una causa que podría considerarse más "científica-técnica": Vieytes observa que los trabajadores, e incluso mucha gente culta, ignoran gran parte de los desarrollos científicos y tecnológicos que se habían dado en Europa, sobre todo aquellos logrados en la segunda mitad del siglo XVIII. En su opinión este desconocimiento hacía que muchos emprendimientos fuesen menos rentables o también que su dirección fuese más difícil. En este sentido, en el *Semanario* Vieytes se muestra como una persona especialmente interesada en estar al día respecto de los últimos descubrimientos científicos, con el objeto de darlos a conocer a sus compatriotas. Considera central para el crecimiento y desarrollo de las personas y de la riqueza del país, que estos sean

transmitidos a todos los habitantes, y especialmente a los más pobres. Ya al comienzo de la publicación, se presenta a sí mismo como un mediador entre estos nuevos conocimientos y el gran público, y se preocupa con esmero en darlos a conocer número tras número (Vieytes, 1928: tomos I, IV).

Este optimista espíritu ilustrado lo llevó, por ejemplo, a divulgar durante algún tiempo los principios de la Química, con la esperanza de que los avances de esta ciencia fueran más conocidos. Luego de un tiempo desistió del proyecto, reconociendo la aridez del tema y la dificultad que tenían los lectores para asimilar este conocimiento (Vieytes, 1928: tomo III, 4 y 110. Martínez, 2009).

Su preocupación por la ciencia económica y su divulgación puede ser enmarcada en este interés más general por conocer lo más avanzado y moderno del pensamiento científico europeo. En esta línea, Vieytes señala que un gran número de medidas ordenadas por el gobierno aspiran sinceramente en muchos casos a la felicidad general, pero que por tener un gran desconocimiento de los principios de la economía acaban por lograr lo contrario de aquello que buscan. Por ejemplo, medidas tendientes a impedir el libre comercio de granos pueden estar inspiradas en nobles ideales pero, a su juicio, manifiestan un notable desconocimiento de la ciencia económica y traen resultados claramente nocivos para el pueblo. Incluso años después, en la *Asamblea* Vieytes fue uno de los fervorosos defensores de la libertad de los agricultores de disponer de su cosecha (*Redactor de la Asamblea*, 1813: 24).

El segundo plano de análisis, y sin duda el más profundo de los dos, tiene que ver con una concepción de la economía como un fenómeno "social" y en el que hay que reconocer y repensar los presupuestos morales necesarios para que efectivamente pueda florecer el crecimiento, generar riqueza y permitir que la gente salga de la pobreza. Vieytes sostiene que junto a un mayor conocimiento técnico y científico, es necesario revisar los hábitos y costumbres de la gente. En su opinión, si se quiere progresar es necesario un cambio radical en el modo de ser de sus compatriotas. Para él, más allá

de que muchos aspectos de la legislación conspiran contra la economía del país, el problema más grave está en los hábitos y costumbres de los argentinos. En otras palabras, la pobreza y la falta de desarrollo comenzarán a solucionarse en el momento en que todos y cada uno de los habitantes hagan este cambio moral. Aun cuando en sus escritos muestra una alta estima por las sociedades de beneficencia (Vieytes, 1928: tomo III), que para él ciertamente mitigan situaciones de profundas carencias, Vieytes percibe que la superación de la pobreza deberá darse por medio de cambios estructurales y morales, sobre todos y cada una de las personas que viven tanto en las ciudades como en el campo. A su juicio, el gran problema es que hay costumbres profundamente arraigadas, que atraviesan a todas las clases sociales (y no solamente a las más pobres), y que son las verdaderas causas de la ausencia de desarrollo.

Por ello, sin desconocer la importante influencia de Adam Smith, sobre la que haré alguna mención, en las páginas que siguen intentaré mostrar que Vieytes asume algunas de las tesis centrales de la Economía Civil Italiana, para tomar de ella también algunos principios que permitan dar solución al problema de la pobreza que él observa en el Virreinato del Río de la Plata. Me centraré sobre todo en las dos ideas ya mencionadas. Por un lado, en la de felicidad pública como fin último al que aspira la ciencia económica y, por el otro, en el deseo de promover la civilidad de los habitantes, como dos caminos que tienden a lograr esa transformación y traer el bienestar general.

III. Economía y felicidad pública

El primer elemento que quisiera mostrar es que la idea de felicidad pública aparece en Juan Hipólito Vieytes como una idea central al momento de dar un diagnóstico sobre la situación que se vivía en su tiempo en el Virreinato del Río de la Plata. Esta noción, que en la concepción de Vieytes nos remite al pensamiento de los economistas napolitanos, sobre todo al de Antonio Genovesi⁵, es la que sirve como fundamento y fin de todo diagnóstico y reforma que se quiera hacer en el campo de la economía.

En el mismo *Prospecto* con que da inicio al *Semanario* aparece la idea de la felicidad pública como el fin de toda su obra. Luego de un descarnado análisis sobre la realidad de los trabajadores de nuestro país, Vieytes señala que espera que se sumen más colaboraciones a sus escritos, hechas por "aquellos amantes a la patria (que) aspiran a la general felicidad de estas provincias" (Vieytes, 1928: tomo I, p. V). En efecto, todos los cambios que se hagan en la producción y en el comercio deben apuntar no solamente a un incremento de la riqueza sino sobre todo a un crecimiento sustancial en la "felicidad general" (Vieytes, 1928: tomo I, p. V). Esta misma idea es destacada por medio de una bella metáfora: Vieytes expresa que la ocupación y la abundancia son padres de la alegría (Vieytes, 1928: tomo I, 16). En otras palabras, es cierto que es necesario que la producción y el trabajo crezcan, pero su importancia última radica en que estas se presenten como un peldaño ineludible en el ascenso a la felicidad, a la que aspira cada individuo y la sociedad en su conjunto. Y si bien son aquellos que ejercen el poder político los que deben en primer lugar velar por la felicidad general (Vieytes, 1928: tomo I, 35-36), esto no les compete a ellos exclusivamente. Para Vieytes, es sobre todo a los hombres ilustrados y que poseen un rol preponderante dentro de la sociedad, a quienes corresponde tomar la iniciativa (Vieytes, 1928: tomo III, 229).

Puesto a precisar qué se entiende por esta "felicidad general" uno encuentra que Vieytes no asocia este concepto a cuestiones exclusivamente materiales, pero al mismo tiempo, considera que sin estos bienes materiales la felicidad a la que podemos aspirar aquí en la tierra, aparece como imposible. En otras palabras, el trabajo y las riquezas son elementos que hacen a la felicidad de las personas y los pueblos, pero no son los únicos componentes.

Para explicar esta cuestión él distingue entre la *felicidad eterna*, que es la que nos propone el cristianismo y que se logra por medio de la caridad evangélica y los sacramentos, y una *felicidad temporal*, que es aquella que podemos vivir aquí en la tierra. De hecho, para él, la gente que no goza de un mínimo bienestar es a la vez "miserable e

infeliz" (Vieytes, 1928: tomo III, 42). Vieytes no ve ninguna contradicción aquí entre la felicidad temporal que proporcionaría un justo desarrollo en economía y la felicidad eterna que predica el catolicismo. Por el contrario, cree que ambas deben actuar mancomunadamente en la búsqueda de la felicidad (Vieytes, 1928: tomo I, 14 y tomo II, 294-295). En algún sentido, la que alcanzamos aquí es un reflejo de la celestial, y por ello, la felicidad temporal predispone mejor a los hombres a buscar la felicidad eterna (Vieytes, 1928: tomo III, 294).

La felicidad temporal a la que podemos y debemos aspirar en esta vida da como resultado una transformación moral, que luego genera consecuencias concretas en la vida cotidiana de los hombres. Este cambio se manifiesta sobre todo en dos acciones concretas de naturaleza económica: por un lado, hay una revalorización del trabajo y, por otro lado, redundando en un aumento del comercio. En otras palabras, se genera un cambio valorativo en los sujetos y esto los empuja a salir de la ociosidad, despertándoles un deseo de trabajar y de comerciar. Todo esto a su vez lleva, a fin de cuentas, a vivir una vida más humana, en la medida en que todos aquellos bienes que nos separan de los animales, las bellas artes, la amistad, etc., solamente pueden darse si logramos cierto desarrollo económico y social (Vieytes, 1928: tomo I, 21).

En este contexto la economía debe pensarse como una ciencia que se ordena a satisfacer, al menos en parte, el deseo de felicidad que está inserto en el género humano⁶. En efecto, al fomentar el comercio y el intercambio, la economía promueve también que las personas se vuelvan civiles y por lo tanto, dejen de lado su ferocidad y su incivilidad (Vieytes, 1928: tomo III, 72). Es verdad que permite que las personas tengan un mayor acceso a los bienes materiales, y que este acceso proporciona cierto bienestar material, pero su principal aporte radica en que también favorece (o debería favorecer) al crecimiento de costumbres y formas de vida que son más propias del hombre, y que por lo tanto, deberían alejarlo de una vida más inhumana. Por ello, la economía busca por un lado fomentar en los hombres el deseo por el lujo y el desarrollo económico

entendido como búsqueda del crecimiento de la riqueza material, pero al mismo tiempo también busca que cada persona alcance una vida más humana, en la que florezcan las letras, las artes, y el diálogo ameno y cordial entre las personas (Vieytes, 1928: tomo III, 172)⁷.

IV. Adam Smith y el cebo del interés

En concordancia con lo dicho por Adam Smith, Vieytes considera que algunas trabas al desarrollo económico son objetivas y requieren de gran pericia y de un largo tiempo para ser solucionadas. Por ejemplo, en un largo artículo sobre la escasez, la carestía de los jornales, y el alto precio que hay que pagar para conseguir mano de obra, Vieytes no duda en citar explícitamente a Smith para afirmar que esta situación es científicamente demostrable: "No quiero que se me crea a mi palabra, voy a demostrarlo" (Vieytes, 1928: tomo II, 203), y que esta situación "no variará de aspecto en mucho siglos, y si varía, algún tanto será seguramente a favor de los vendedores de trabajo, o lo que es lo mismo de los jornaleros" (Vieytes, 1928: tomo II, 203).

Cuando trata sobre aspectos vinculados a los presupuestos sociales que son necesarios para el desarrollo, Vieytes también parece aproximarse a Smith. En efecto, el desarrollo económico solamente puede lograrse en la medida en que cada una de las personas descubra (o mejor, redescubra, como explicaré más adelante) que es bueno y deseable aumentar las comodidades y los bienes para sí y para su familia. En este sentido, afirma sin dudar que "para que el hombre destierre de la inacción y la pereza, no se conoce otro camino que el de ponerle a la vista el cebo del interés, y allanarle los estorbos que le puedan impedir el conseguirlo" (Vieytes, 1928: tomo I, 16)⁸. Como se puede ver, para Vieytes solamente se puede fomentar el trabajo (y todos los beneficios que éste trae) en la medida en que de alguna manera se enfrente a la persona con algún interés, y al mismo tiempo se remuevan todos los obstáculos que puedan impedir o al menos no favorecer este movimiento hacia situaciones de mayor lujo. En ambas direcciones será necesario

promover una acción concreta sobre los habitantes de nuestro país y sus costumbres.

V. Incivilmento como elemento del desarrollo

Respecto del fomento del interés por los bienes de lujo, Vieytes cree que aunque responde a algo propio de la naturaleza de los hombres, es posible que se dé un "olvido" de este deseo, y que por lo tanto, se produzca un estancamiento de la economía del país en virtud del total desinterés, por parte de los individuos, por aumentar la producción de bienes. Más aun, está convencido de que este olvido es una de las principales causas del deterioro social argentino. Puesto a indagar sobre por qué se ha llegado a esto, Vieytes señala sobre todo dos elementos objetivos. En primer lugar, Argentina es un país que provee a sus habitantes, con bastante naturalidad, los alimentos que necesitan, exigiéndoles solamente un mínimo esfuerzo. Esta situación ha hecho que la gente haya olvidado la importancia del trabajo y, sobre todo, no reconozca el valor que tiene el trabajo en su realización como personas, tanto a nivel individual como social. En la medida en que éste sea simplemente el medio por el que se obtiene lo estrictamente necesario para vivir, esta situación de dejadez e indolencia no se modificará, pues lo poco que se busca es relativamente sencillo de obtener de la misma naturaleza (Vieytes, 1928: tomo I, 8)⁹. De todas formas, ésta no es para él la causa más profunda de la falta de deseo por progresar que cree observar en sus compatriotas.

La segunda razón que da Vieytes tiene que ver con cuestiones sociales y culturales. Para él, es necesario reconocer la importancia que tiene en la vida económica el ejemplo que los mayores ejercen sobre los menores. En el caso argentino, observa que hay una gran cantidad de padres que, sumidos en el total desconocimiento sobre la importancia del trabajo, viven día a día en base a aquello que toman de la naturaleza o trabajando y produciendo lo mínimo indispensable, sin aspirar a nada más. Si bien es cierto que en parte esto está fomentado por una mala legislación que no permite al trabajador gozar de su esfuerzo plenamente, Vieytes cree que

hay de fondo un problema más profundo, una especie de mala formación o mala educación respecto no solamente del trabajo en sí, sino también de las formas más eficientes de trabajar. Esta visión se va pasando de generación en generación, en la medida en que los padres son imitados por los hijos, generándose un círculo vicioso que, de no ser roto, hará que la situación actual se prolongue indefinidamente (Vieytes, 1928: tomo I, 6-7). Una vida inhumana, en la que las artes y las letras, o el diálogo y el encuentro con el otro están limitadas a su mínima expresión, y en la que los hombres acaban viviendo ensimismados y prácticamente con ningún contacto con los demás (Vieytes, 1928: tomo III, 60).

En línea con lo anterior, se puede decir que para él sucede algo análogo en la relación entre clases sociales. Así como los mayores deben servir de ejemplo a los menores, las personas más pudientes y acomodadas también deben servir de ejemplo para el resto de la sociedad. Vieytes cree que hay cierta dejadez en las clases superiores de muchas ciudades, que hace que todo su sistema de producción permanezca estacionario por décadas. Esto puede verse, por ejemplo, cuando analiza el caso de la ciudad de Jujuy, tratado *in extenso* a lo largo de sendos artículos iniciados en septiembre de 1803. Luego de analizar las múltiples posibilidades que brinda la ciudad, tanto a nivel agrícola como en virtud del lugar que ocupa dentro del comercio interno entre Buenos Aires y Perú, Vieytes considera que la causa última de la pobreza no es la falta de interés en progresar, sino la falta de civilidad de sus habitantes. Por eso, la pobreza en que viven los jujeños es que "carecen de cuatro o cinco patriotas benéficos que activen la inercia de sus vecinos, fomentando la industria sobre aquellos ramos más análogos a la condición y abundancia de las primeras materias para un consumo efectivo y ventajoso, medio seguro de hacer florecer a la población" (Vieytes, 1928: tomo III, 21). Esta falta de deseo de progreso por parte de quienes tienen mayores responsabilidades arrastra a todos los demás ciudadanos, no solamente por las consecuencias materiales que esto produce, sino por el ejemplo que supone para con los demás, volviendo a los oriundos de

una misma zona extraños entre sí, y por la dejadez e inacción a la que los somete. Nuevamente, es la imitación de lo malo lo que conspira contra el desarrollo.

VI. Hacendados, Párrocos y la acción desinteresada para promover la civilidad

Puesto a resolver este problema, Vieytes parece dar una solución alternativa. Si bien reconoce el planteo de Smith, quien sostiene que al fomentar el interés personal se mejorará el comercio y con ello la civilidad, (y así lo dice explícitamente el propio Vieytes¹⁰), lo cierto es que al buscar una solución se acerca más a un planteo cercano al de los italianos. En efecto, en primer lugar es necesario que se fomente la civilidad, el trato con los otros, y será este aumento lo que, entre otras cosas, generará un incremento del comercio y llevará a los individuos no solamente a un crecimiento de su interés personal, sino sobre todo de la *felicidad general*. En otras palabras, a diferencia del planteo según el cual la civilidad llegaría como resultado del crecimiento del interés personal y de los intercambios, Vieytes sostiene que lo que hay que hacer es un fuerte movimiento civilizador, con la confianza de que será ello lo que inicie el cambio de vida para todos los habitantes.

En este contexto, él propone por un lado una serie de medidas legislativas y de modificaciones muy concretas en orden a que esto finalmente mejore: establecimiento de mercados y ferias semanales, mayor respeto por la propiedad de los trabajadores, especialmente por la producción de los agricultores, etc.

Sin embargo, el elemento más interesante aparece al momento de dar lo que él considera las medidas más trascendentales. En efecto, para él esta transformación no puede darse si no hay primero una decisión de parte de aquellos que ocupan los estamentos superiores de la sociedad en cambiar la realidad que observan. Estos individuos son para él los Párrocos y los Hacendados. Dice en el *Semanario*:

Mientras los Hacendados y los Párrocos no tomen por su parte un interés decidido en la enseñanza de los

miserables labradores, esperaremos vanamente ver mudado en modo alguno el cuadro desconsolador que nos presentan los campos más despoblados en el terreno más fecundo (Vieytes, 1928: tomo II, 193).

Son ellos los agentes transformadores de la sociedad.

Sobre los Párrocos, sugiere que deben pensar en sus feligreses no solamente en términos de su salvación eterna, sino también de su desarrollo humano en esta vida. Sostiene por ello que

Las miras principales de sus Pastores se deben dirigir principalmente a infundirles desde muy temprano horror al vicio, y amor a la ocupación y a la virtud, ¿y de qué otro modo podría conseguirse ventajosamente que instruyéndolos de los primeros elementos de esta arte necesaria (nota: la agricultura) y haciéndoles plantar y cosechar por sus tiernos brazos los frutos que indignamente pisan sus mayores (Vieytes, 1928: tomo III, 60).

Por eso es que incluso sugiere que en todas las Parroquias haya escuelas de agricultura, y que sean los propios Párrocos los que enseñen los adelantos a sus parroquianos (Vieytes, 1928: tomo III, 95 y Martínez, 2009: 8-9).

En el caso de los Hacendados, también aparece una idea semejante. Ellos deben ser los que civilicen a sus compatriotas e inicien el cambio en la sociedad del Virreinato. En el citado caso de Jujuy, pero también al hablar de Tucumán o de otras ciudades, la crítica de Vieytes se centra esencialmente en que ellos no han ayudado a modificar las costumbres y que por eso es que la situación no mejora. Ellos deberían en cambio alistarse y correr en socorro de sus compatriotas para llevarlos a un crecimiento de su humanidad y civilidad (Vieytes, 1928: tomo III, 42).

Pero quizás lo central de todo esto es que, puesto a justificar por qué deben hacerlo, es decir, qué puede motivar a los Párrocos y a los Hacendados a civilizar al resto de sus compatriotas, Vieytes señala que eso no

se debe a motivos de interés personal sino que deben hacerlo "de un modo totalmente desinteresado, por la mejora de la felicidad pública" (Vieytes, 1928: tomo III: 42). En otras palabras, esta acción no puede para él ser justificada en que con ellos harán crecer su riqueza sino que debe ser encuadrada más bien en una cierta donación que hacen desinteresadamente a la sociedad, en orden a que el resto de las personas que viven en ella alcancen una vida más humana y más digna. En un bello texto Vieytes expresa:

¡Qué risueña y lisongera no va a presentarse desde este mismo día la infeliz suerte de los desvalidos huérfanos, de esos justos objetos de nuestra más tierna compasión, cuando por el caritativo desvelo de una escogida porción de nuestros conciudadanos van a recibir una educación proporcionada al alto fin que los dirige! (Vieytes, 1928: tomo III, 42)

Y luego termina diciendo:

Direlo de una vez, ¡qué satisfacción y qué contento no va a recibir la naturaleza toda al ver a unos pocos hombres empeñados en la suerte de los hombres! Si, hombres benéficos, hombres virtuosos, la naturaleza toda se muestra placentera cuando os ve íntimamente penetrados del deseo de sacrificar vuestro sosiego en obsequio del hombre desvalido (Vieytes, 1928: tomo III, 42).

De este modo, es este "obsequio" y este "sacrificio desinteresado" el que mueve a los hombres más acomodados a civilizar a los más pobres y desvalidos. Aun cuando es cierto que el "cebo del interés" y lo demás es el mejor y más eficiente mecanismo para generar la riqueza, Vieytes parece entender que no se puede generar a sí mismo, o mejor, que no puede darse si no hay antes un marco civil en el que la sociedad pueda desarrollarse, y dentro de lo cual el comercio será una de sus manifestaciones y su retroalimentador.

VII. Conclusión

Como he intentado mostrar, el planteo de Vieytes conjuga elementos del pensamiento de Adam Smith con elementos propios de la tradición civil italiana. Así, aun cuando sin duda sus exposiciones sobre Adam Smith ocupan un lugar central dentro de su pensamiento económico, este se completa con la asunción de tesis centrales de la llamada Economía Civil italiana. Así, las nociones de felicidad pública y sobre todo, la importancia de la civilidad de los sujetos son un presupuesto desde el cual es posible que la riqueza y el trabajo se desarrollen, y con ello, que se alcance la felicidad pública anhelada por todos.

Referencias bibliográficas

- Gondra L. R. (1927). *Las ideas económicas de Manuel Belgrano*. Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Gutiérrez, J.M. (1860). *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina*, tomo VII. Imprenta de Mayo, Buenos Aires.
- Martínez, P. (2009). "El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (1802-1807)". En *Mundo Agrario*, v. 9, N° 18.
- Redactor de la Asamblea* (1813). Imprenta del Estado, Buenos Aires.
- Rodríguez Braun, C. (1997) "Early Smithian Economics in the Spanish Empire: J. H. Vieytes and Colonial Policy" en *The European Journal of the History of Economic Thought*, 4: 3, Autumn, pp. 444-454.
- Rojas, R. M. (2010). *El pensamiento económico de Juan Hipólito Vieytes*, Fundación San Antonio, Buenos Aires.
- Smith, A. (1776). *The Wealth of Nations*. Oxford University Press, Oxford.
- Vieytes, J. (1802). *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*. Junta de Historia Numismática Americana, Buenos Aires.
- Weinberg, F. (1956). *Estudio Preliminar a los Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo*. Raigal, Buenos Aires.
- Zamagni, S; Bruni, L. (2007). *Economía civil. Bononiae - Prometeo*, Buenos Aires.

¹ Seguramente, el trabajo de Weinberg es el estudio más completo hasta ahora sobre el pensamiento de Vieytes, quien además era químico.

² Por ejemplo, en *El Redactor de la Asamblea de 1813* consta en la sesión del 19 de julio que, luego de un intercambio de opiniones, se decide que la cuestión sea debatida por los "economistas", y se menciona en primer lugar al propio Vieytes (*Redactor de la Asamblea*, 19 de julio de 1813: 48).

³ Como consta también en *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina* de Juan María Gutiérrez: "El mejor título del Dr. Vieytes a la atención de la posteridad del país es su aplicación apasionada al estudio de las cuestiones económicas e industriales a que tan poco se inclinaban, en la época en que él se formó, los hombres de carreras liberales. Promover la riqueza del país por la libertad del comercio, por la difusión de las ciencias aplicables, y por el cultivo inteligente de la tierra; tal fue el pensamiento constante de la buena cabeza de aquel ilustrado patriota" (Gutiérrez, 1860: 113)

⁴ Situación que se contraponen a trabajos como los de L. R. Gondra, que lo acusa de no tener ninguna originalidad (Gondra, 1927).

⁵ La importancia de la centralidad de la felicidad (y no la riqueza) como finalidad de la economía es uno de los elementos distintivos de la escuela de la economía civil italiana, cuyo representante más reconocido fue Antonio Genovesi (Zamagni, S.; Bruni, L., 2007: 64-79).

⁶ En este sentido, no cabe duda que hay una larga tradición intelectual, que comienza con Aristóteles y llega hasta Genovesi, uno de los inspiradores de Vieytes.

⁷ Por el contrario, una vida sin comercio y sin industria es evidentemente inhumana (Vieytes, 1928: tomo III, 171-172).

⁸ En este punto, su reflexión se acerca también a Adam Smith.

⁹ Es de notar que el propio Adam Smith señala esto en *La Riqueza de las Naciones* (Smith, 1776: 216; 267). Diera la impresión de que la facilidad con que un argentino podía obtener carne había llamado poderosamente la atención a Smith.

¹⁰ Sobre la influencia de Smith en Vieytes recomiendo estudiar los trabajos de Rojas (2010) y Rodríguez Braun (1997).